

## LA ALDEA ETERNA DE LUBIO CARDOZO

José Pérez

Choroní es un nombre con palabra de paisaje, con rastros de hombres que se quedaron a la mitad del mar divisando cocotales y casas lejanas como en una memoria oculta. También lejos de sus costas y de las viejas haciendas, el poeta buscó la noche y convocó a las diosas de eternos mitos, para cristalizar una efigie propia: Paisaje, Caballería, Solecismo, Poemas.

Esa memoria se nombra a sí misma en el recuerdo. Quizás las pisadas de los bueyes en su tránsito peregrino se fundieron en la noche y en el tiempo con la gloria de los dioses, porque el poeta creó su universo mezclando bestias y limbos, vuelos de raros pájaros y la errancia en la natura de los protagonistas de una mitología milenaria. No tiene, pues, la poesía de Lubio Cardozo un ángulo único, una sola perspectiva, un solo encuentro con el nombramiento de las cosas. De pronto irrumpe en el poema con la figura de un Caballero (de la Sed, de la Desesperación, del Olvido, del Recuerdo) que comanda las hordas y se resguarda en los torreones imaginarios de la aldea, y uno se imagina a ese personaje tan grande y extraordinario y siente que está leyendo no un poema sino un cuento, porque el poeta ha creado tal identidad en los géneros que la transgresión olvida su propósito para convertirse en hábil caminería para el sueño y la fábula. Poemas con fábula. Entonces nos preguntamos si ese Caballero de Choroní, Caballero de las Comarcas, Caballero de los Valles y Montañas no es la figura del padre que todavía pasea sus huellas por la imaginación heredera del Caballero Poeta. Y si no, aceptemos la invitación de una página para adentrarnos en el territorio ignoto (también se llama memoria) donde suceden las cosas que hemos dicho:

### La gesta floresta

«Entre la insula azul y ocre el devejado horizonte verde. He allí el territorio de los Caballeros del Sueño. En cualquiera comarca del mundo donde nazcan las flores de la imaginación —espadas del ruidoso vacío— está, posesora, la Gesta Floresta». Del libro *Poemas de Caballería*

El mar está en algún lado, como las flores, los matorrales, las espinas y las palabras. Es el círculo de la eternidad, así llamado por Lubio Cardozo, donde el hombre se arroja como un náufrago a la esperanza. Pero no es poesía del dolor, ni siquiera de la nostalgia o de otra instancia de la saudade. Es poesía de la ternura que vuela al encuentro con los astros. Lubio Cardozo sabe dónde queda el cielo y a menudo se acerca a él. Desde allí contempla los huracanes y su vecindad y también la hierba desgarrada por las máquinas. Pero, ¿qué puede lograr con percibir las clarinadas de la brisa? Afuera el mundo es distinto. No hay dioses (tal vez sobran. He allí el dilema), la paz tampoco existe (pero él insiste en hablar de colores verdes), y el ocaso es una lámpara inútil (aunque en su áureo reflejo los albatros se suicidan para buscar a Dios bajo las aguas. Logran sacar el bocado del día: un pescadito dorado que se había quedado dormido navegando por los tiempos). Por qué el poeta decide entonces por otros mundos, en ese su itinerario con el lenguaje.

Tres títulos forman el nuevo poemario antológico de Lubio Cardozo, *Poemas* (Mérida, Editorial Alfa, 1992; 82 p.). Recoge los textos de los últimos tres poemarios: *Paisajes* (1975), *Poemas de Caballería* (1983) y *Solecismos* (1986). Cada uno de esos libros está elaborado con un código muy peculiar, pues el autor en su incesante afán de experimentación logra modificar constantemente las estructuras formales de sus libros de poesía. Sin embargo, tienen estas obras un referente común: Apuntan hacia esa aldea nombrada incansablemente; al chamizal, al relámpago, al encuentro y la admiración de la mujer amada (diosificada también por medio del canto a la natura) que alimenta los intentos de habitar las regiones más profundas.

Y es que Lubio conoce perfectamente los caminos de la poesía, de Andrés Bello a Martí, de Rubén Darío a Pérez Bonalde, y ha transitado ampliamente esos *espacios cálidos* que un buen día lo llevaron a la quietud del páramo. En Mérida se encontró con el Rey Feremondo y su hija Belisenda, a quien el sol parecíasele un molino de viento, y donde las altas montañas se volvieron leyenda para coronar los misterios de ilustres varones. Quizás sea en sus *Solecismos*, largo abecedario de enigmáticos encajes de versos («ARIDEZ: *Yermados yacimientos: yugo del yerro / Yaquers yabos, yagrumos, yerbas / Yescas / yertas yacijas*»), donde encontremos una mayor profusión de signos verbales que intentan ensanchar el universo mismo de las cosas, nombrándolas de distintas maneras a través del poder enriquecedor de las imágenes combinadas, con la característica muy peculiar de producir una sola emisión de voz, típica, por medio de la cadencia homófona, como si los raudales del Niágara disiparan al fin su impetuosidad sobre el vientre áureo de la ninfa eterna. Es, finalmente, el canto reunido para festejar una aldea múltiple y telúrica cuyo cuerpo reposa en el himno perenne de los versos de un poeta que se niega a olvidar y a olvidarse.